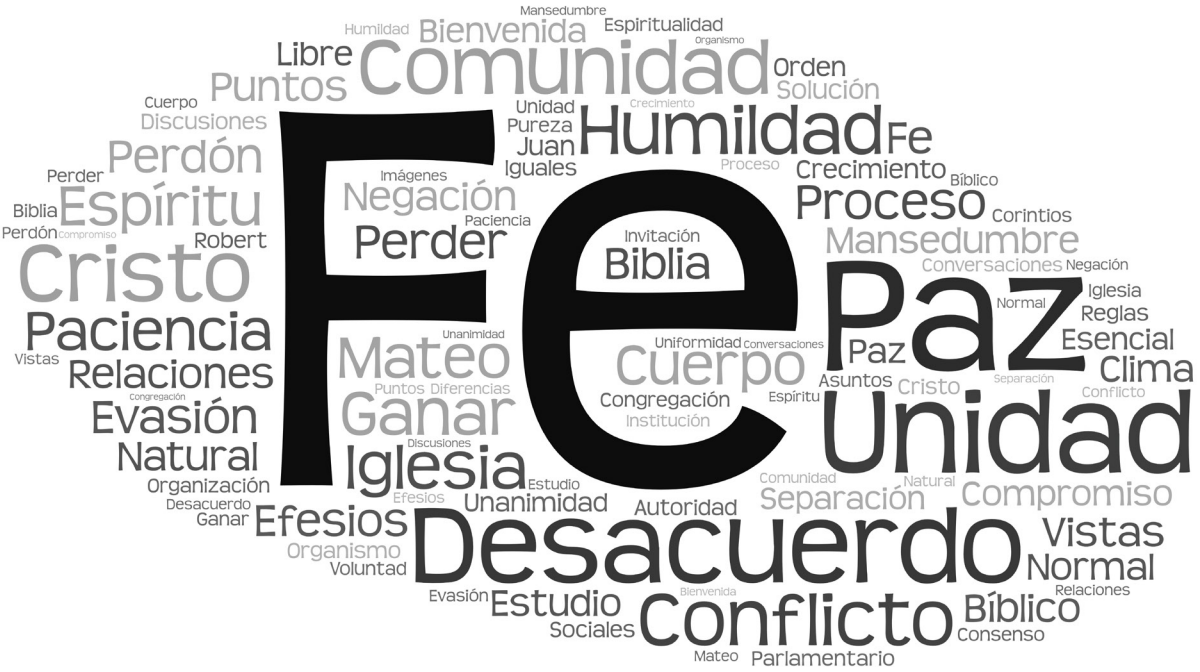
Encuentros breves: Hojas para el grupo

Estudios bíblicos reformados



Desacuerdos en la comunidad de fe

Estudios bíblicos reformados

Desacuerdos en la comunidad de fe

ESCRITOR
Gary Demarest

EDITORA
Marissa Galván Valle

Acerca del escritor
Gary Demarest es un pastor retirado que trabajó en varias iglesias en el área de California. Trabajó en la Oficina de la Asamblea General y fue co-moderador del Grupo de trabajo de paz, unidad y pureza de la iglesia.

OBJETIVOS: EBR

Estudios bíblicos reformados es un material de estudio que las iglesias y las personas pueden utilizar para:

- **Encontrarse con la Palabra** para conseguir el conocimiento y la formación necesarias para vivir vidas efectivas de fe;
- **Estudiar la Palabra** para que esta información les desafíe con una enseñanza empírica, que se dé a través de todos los sentidos que Dios da a toda persona y;
- **Ejercitar la Palabra** para que las personas conecten lo que han recibido con sus vivencias, con la cultura que les rodea y con las creencias teológicas de la tradición reformada, para que sus vidas sean transformadas en acción y testimonio.

MATERIALES

Cada encuentro de *Estudios bíblicos reformados* tiene dos archivos: Una «Hoja para el grupo» que se entrega a las personas que participan del estudio y que sirve como encuentro introductorio y de aplicación y una «Guía para líderes» que da herramientas a la persona que dirige el encuentro para interpretar y procesar la información de la hoja para el grupo y para hacer que el encuentro se transforme en acciones y vida en el caminar cristiano.

Estudios bíblicos reformados es una serie de estudios de Cultivemos fe, Corporación presbiteriana de publicaciones, Louisville, Kentucky. A menos de que se indique otra cosa, las lecturas bíblicas en esta publicación son tomadas de la Biblia *Versión Reina Valera Actualizada,* © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usada con permiso. Este material educativo es ofrecido libre de costo para el uso de iglesias y de grupos que deseen profundizar en su conocimiento bíblico / teológico.

Originalmente, este estudio aparece como parte de la serie the presbyterian leader.com, Introduction to Stewardship, Copyright © 2010 www.thepresbyterianleader.com Se ha hecho todo lo posible por verificar los derechos de autor de los materiales aquí citados. Si algún material registrado ha sido incluido sin el debido permiso o reconocimiento se insertará la debida mención en futuras ediciones. © 2023 Cultivemos fe. Todos los derechos reservados.

CULTIVEMOS FE

Estudios bíblicos reformados

HOJA PARA EL GRUPO 1

Desacuerdos en la comunidad de fe

LECTURA BÍBLICA
Efesios 4,1-6; Mateo 5,21-24; Efesios 2,8-9

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR
Por eso yo, prisionero en el Señor, les exhorto a que anden como es digno del llamamiento con que fueron llamados: con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándose los unos a los otros en amor, procurando con diligencia guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.
— Efesios 4,1-3

RECUERDE QUE...
el que seamos uno en Cristo no significa que debemos evadir los conflictos y los desacuerdos en la iglesia.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

Introducción

Parece haber una idea persistente entre muchas personas de que cuando una iglesia está en su mejor momento debe estar libre de desacuerdos y conflictos. Cuando esta idea prevalece, es más probable que la gente busque una congregación, e incluso una denominación, que esté relativamente libre de peleas y disensiones.

Cuando se piensa que las personas están buscando este tipo de iglesia, esto puede ejercer presión sobre las iglesias que esperan aumentar su membresía para que proporcionen un clima libre de conflictos. Algunas iglesias logran hacer esto al concentrarse principalmente en temas de «espiritualidad», enfatizando temas bíblicos y teológicos que enfatizan la salvación personal y el crecimiento espiritual. La unidad exterior se logra al obtener acuerdos sobre doctrinas y comportamientos considerados como esenciales. Los temas sociales más amplios, como la guerra y la paz, el cuidado ambiental y la justicia económica, se dejan en manos de las personas que deciden si se involucran en estos o no fuera de la iglesia.

Algunas iglesias también han logrado esta aparente unidad al dar énfasis en los «asuntos sociales», enfatizando los temas bíblicos y teológicos relacionados con la justicia, la economía, los derechos humanos y la gestión ambiental. Se pueden fomentar aspectos específicos sobre la salvación, la santidad personal y la formación espiritual, pero dentro de un clima de amplia apertura e inclusión. Sin embargo, en la medida en que una congregación o denominación reduce su enfoque, los conflictos y desacuerdos siguen siendo inevitables. La naturaleza de la vida institucional que intenta unir a personas de diversos orígenes, requiere que haya la habilidad para trabajar con las diferencias, ya sean heredadas o desarrolladas. No hay dos personas iguales y todas las relaciones humanas generan conflictos.

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

Trabajemos con el conflicto

Al trabajar con los desacuerdos dentro de la iglesia, debemos comenzar reconociendo que todo conflicto es una amenaza a nuestra relación con otras personas y, por tanto, a nuestra relación con Dios. No existe ningún conflicto impersonal. Aunque los conflictos y desacuerdos se articulan con ideas, siempre involucran a personas, ya sea a personas en sus relaciones conyugales o familiares, o entre dos presidentes de naciones.

Aprender a lidiar con conflictos relacionales es extremadamente difícil en grupos e instituciones eclesiales debido a nuestra propensión a pensar que, cuando tratamos con ideas, verdades, y doctrinas, tenemos licencia para ignorar las relaciones que hay entre la congregación como familia en Cristo. Dos textos bíblicos podrían servirnos al ver que un debate comienza en la iglesia:

> *Por eso yo, prisionero en el Señor, les exhorto a que anden como es digno del llamamiento con que fueron llamados: con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándose los unos a los otros en amor, procurando con diligencia guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como han sido llamados a una sola esperanza de su llamamiento. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos quien es sobre todos, a través de todos y en todos. (Efesios 4,1-6)*
>
> *«Ustedes han oído que fue dicho a los antiguos: No cometerás homicidio; y cualquiera que comete homicidio será culpable en el juicio. Pero yo les digo que todo el que se enoje con su hermano será culpable en el juicio. Cualquiera que le llame a su hermano "necio" será culpable ante el Sanedrín; y cualquiera que le llame "fatuo" será expuesto al infierno de fuego. Por tanto, si has traído tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar, y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces vuelve y ofrece tu ofrenda» (Mateo 5,21-24).*

Dentro de la iglesia, cuerpo de Cristo, los conflictos y los desacuerdos deben ser trabajados, no solo desde un punto de vista ideológico, sino más importante aún, desde un punto de vista relacional.

Hay diferentes maneras de trabajar con el conflicto que toda persona practica regularmente:

- negación
- evasión
- compromiso
- ganar-perder
- separación

A menudo, la reacción instintiva ante el conflicto y el desacuerdo es seguir adelante como si no hubiera pasado nada. El tratar de ignorar la realidad del desacuerdo, o cualquiera que sea la fuente del conflicto, es una forma de *negación* que sólo sirve para exacerbar el conflicto.

La expresión más común de la negación es: «¡Olvídalo! ¡No importa!». Esto se traduce relacionalmente como: «¡No me importa lo que pienses! ¡*Tú* no importas!». Que piense o sienta de manera diferente a otra persona, sea cual sea el tema, es de suma importancia para el futuro de la relación. Seguir adelante sin al menos llegar a comprender la base de la diferencia es frustrar

el crecimiento potencial de la relación. La franqueza y la honestidad siempre deben prevalecer sobre la negación.

Algo similar a la negación es la *evasión*. Éste es el mecanismo mediante el cual intentamos avanzar en la relación evitando que se reflexione sobre el desacuerdo de una manera más profunda. Aquí el lenguaje toma la forma de: «No hablemos de eso. No hay manera de que lleguemos a un acuerdo». Sin embargo, este lenguaje se traduce como: «Ya he tomado una decisión. No puedes decir nada que pueda cambiar mi punto de vista. De hecho, no me interesa lo que piensas». Las relaciones en momento de crecimiento no pueden prosperar con barreras y muros diseñados para protegernos de nuestras diferencias y conflictos. Estos deben abordarse de manera honesta y abierta, independientemente de que nuestros desacuerdos puedan resolverse o no. No pueden ser evitadas.

Cuando se afronta honestamente la realidad del conflicto, hay que hacer algo. Quizás el enfoque más lógico es llegar a un *compromiso*. Aquí el lenguaje es: «Dado que es probable que no podamos resolver este problema, intentemos encontrar un término medio con el que cada persona pueda vivir». Por muy meritorio que parezca, lo más probable es que esto se traduzca con: «Mis convicciones no son tan fuertes, así que vamos a tranzar un poco y preservemos la unidad». Sin embargo, esto implica que sus convicciones tampoco son tan fuertes. Si ese es el caso, el compromiso podría funcionar en el mejor interés de la relación, pero el edificar la relación sobre una base de falta de convicción mutua probablemente no proporcione un desarrollo fuerte de la relación. Cuando existe una falta de certeza bien establecida y acordada en ambos lados de un asunto, el compromiso puede ser el mejor camino a seguir. Es mejor acompañar esto con el compromiso de cada parte de continuar estudiando, conversando y orando en conjunto para obtener ideas adicionales que no caigan en la negación o la evasión. Debe haber una aceptación mutua de que este proceso podría continuar indefinidamente. Si el compromiso no es viable, la lógica de *ganar-perder* es aparentemente inevitable. En ese caso, lo más probable es que el lenguaje sea: «Las dos partes no pueden tener razón, así que llevémoslo a la comunidad en general y resolvámoslo votando. La mayoría manda». En realidad, esto se traduce a: «Tengo la seguridad de que tengo la razón y voy a ganar» o «Si no gano, intentaré otra cosa».

Por eso pienso que la mejor herramienta desarrollada en la civilización occidental para aplicar el enfoque ganar-perder es el procedimiento parlamentario, que conocemos mejor como las *Reglas de orden de Robert*. En el segundo encuentro abordaremos en profundidad los puntos fuertes y débiles del procedimiento parlamentario.

El creciente problema de la solución ganar-perder es más obvio cuando la división es más marcada. Se ha vuelto cada vez más claro, no sólo en la iglesia sino en el mundo del gobierno democrático, que las votaciones cerradas, aunque proporcionan una decisión para la acción inmediata, no resuelven conflictos y desacuerdos profundos. Si bien el procedimiento parlamentario se basa en el acuerdo tácito de que la decisión de la mayoría

se convierte en regla, este también protege el derecho que tiene la minoría a intentar cambiar esa decisión.

Cuando se escucha la queja de «¿Por qué seguimos votando sobre este tema una y otra vez durante tantos años?» la respuesta es que estamos siendo fieles al procedimiento parlamentario. No existe una votación que resuelva un conflicto o desacuerdo de una vez y por todas. Por lo tanto, si bien el procedimiento parlamentario debe seguir siendo la manera en que los grupos de personas comprometidas a trabajar juntas desarrollan sus acciones y políticas, se debe prestar creciente atención a trabajar con los conflictos profundos por medios distintos del método ganar-perder.

Sin embargo, otro enfoque para resolver conflictos debe ser reconocido como parte de la historia de la iglesia, particularmente por las personas que trazamos nuestro viaje eclesiológico a través de la Reforma Protestante. Esa es la opción de la *separación*. La historia denominacional contemporánea, particularmente en los Estados Unidos, es en gran manera producto de un acercamiento separatista de trabajar con el conflicto.

Cuando las personas en instituciones eclesiásticas tienen convicciones profundas que no pueden comprometer o considerar menos esenciales se encuentran en una posición minoritaria, ellas no parecen encontrar otra alternativa que separarse. Esto usualmente requiere unirse con algún otro cuerpo eclesiástico que perciben que es más compatible con sus convicciones. También pueden comenzar una institución completamente nueva.

En más de trescientos años de historia protestante en los Estados Unidos, la separación no ha sido tan productiva como se podría pensar o desear. Una y otra vez, una separación lleva a otra, lo que nos lleva a algunas personas a la convicción de que la búsqueda de la iglesia institucional ideal está condenada al fracaso tanto en su intención como en su testimonio al mundo circundante.

¿Cómo ha visto la negación, la evasión, el compromiso, el ganar-perder o la separación manifestarse en conflictos de familia, del trabajo o de la iglesia?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

Demos la bienvenida al conflicto

Al no encontrar un enfoque integral o satisfactorio para trabajar con el conflicto en cualquiera o todos los enfoques mencionados anteriormente, ¿nos atrevemos a buscar un camino poco común? ¿Podría haber alguna manera de dar la bienvenida al conflicto? ¿Habrá alguna manera, incluso, para celebrarlo?

El dar la bienvenida al conflicto y al desacuerdo no significa que vamos a buscarlos intencionalmente y mucho menos a crearlos. La realidad es que siempre habrá desacuerdos entre las personas de ideas afines sobre muchos temas. El conflicto es una parte inevitable de las relaciones humanas. El

aceptar el conflicto como inevitable podría interpretarse como un simple llamamiento a la tolerancia. «Sonríe y aguanta; es tan ineludible como la muerte y los impuestos». Sin embargo, aceptar que el desacuerdo es inevitable podría convertirse en una invitación a convertirse en alguien destinado a la aspereza.

Nuestra historia judeo-cristiana puede no ser tan larga, pero, ¿ha habido alguna vez un momento en la historia de Israel y de la iglesia en donde no haya conflicto o desacuerdo? Nunca ha habido una edad dorada en la historia del pueblo de la Biblia, Israel o la iglesia, en donde todo fue armonioso. El evangelio no es un producto del conocimiento humano, y mucho menos de un mensaje que surja de nuestros logros al resolver conflictos. Es un mensaje de esperanza y redención a las personas que no pueden salvarse a sí mismas, para las personas que se atacan y destruyen crónicamente entre sí a través de la mala gestión del conflicto y el desacuerdo.

La pregunta no es si tendremos conflictos y desacuerdos mutuos, sino cómo viviremos con ellos. Algunos de ellos, sino muchos, pueden ser resueltos en un corto período de tiempo. Otros son más espinosos y a veces han tomado más tiempo y en ocasiones varias generaciones, para llegar a una resolución que en algunos momentos es parcial. Los que crean mayores dificultades son los que parecen desafiar todos nuestros esfuerzos y que parecen no tener una solución.

En el momento en que los enfoques que hemos descrito fallan en resolver el conflicto, estamos al umbral de dar la bienvenida al conflicto como componente esencial del crecimiento humano. Esto requerirá actitudes y hábitos que deben ser buscados y cultivados.

Comenzamos este encuentro con dos pasajes del Nuevo Testamento, uno de Efesios y el otro presentado por Jesús en lo que llamamos el «Sermón del monte». Ambos tienen que ver con las actitudes y comportamientos que traemos en medio de los conflictos y desacuerdos. Prácticamente todos nuestros conflictos en la iglesia surgen de diferencias relacionadas tanto con doctrinas y comportamientos. Algunos grupos tienden a especializarse en teología, otros en conducta; pero la vida en comunidad en el cuerpo de Cristo tiene que ver con la interacción entre la creencia y la práctica. Tanto los evangelios como las epístolas del Nuevo Testamento trabajan con esta interacción.

Si nuestros conflictos giran principalmente en torno a la doctrina o al comportamiento, debemos comenzar con la conciencia de que son conflictos familiares, llamándonos a actuar con responsabilidad y reflexión mutua. Hay al menos cuatro actitudes que impregnan la enseñanza de Jesús y los escritos de Pablo:

- la humildad
- la mansedumbre
- la paciencia
- el perdón

Si bien ninguna de estas actitudes y hábitos pertenece exclusivamente a la fe cristiana, cada uno de ellos es parte integral del significado del discipulado cristiano. Hacemos bien en comenzar con la *humildad*. A partir del siglo XI, los «siete pecados capitales» pasaron a formar parte del vocabulario de la iglesia cristiana. Hasta donde podemos determinar, el orgullo siempre estuvo catalogado como el número uno. (Los otros, no siempre en el mismo orden, fueron la envidia, la ira, la lujuria, la gula, la avaricia y la pereza). Debido al fuerte énfasis contemporáneo en la importancia de una alta autoestima, es extremadamente difícil comprender nuestro propio orgullo.

La riqueza, el conocimiento, el estatus social y la espiritualidad son frecuentemente fuentes de orgullo no identificado o no reconocido. El orgullo que le parece arrogancia a las demás personas se alimenta de parecer más ortodoxo o santo, y rápidamente etiqueta a las demás personas como herejes o impías. La antítesis del orgullo no es la baja autoestima; es la humildad.

La humildad no es fácil ni natural. Debe buscarse y cultivarse como una disciplina personal. La humildad es quizás la virtud clave de la vida cristiana, moldeada por la humildad del mismo Jesús. Esta requiere que nos evaluemos y nos veamos de manera honesta y realista, manteniéndonos en contacto con nuestras propias debilidades, nuestras propias tendencias a fingir que sabemos más de lo que realmente sabemos, y nuestros propios auto-engaños.

Cualquier otra cosa que la humildad aporte a los conflictos y desacuerdos, descarta el juzgar y condenar a las demás personas por ser menos ortodoxas o santas. La verdadera humildad busca el diálogo y la comprensión en lugar de la condena y la separación.

La compañera de la humildad es la *mansedumbre*. Piense en la mansedumbre como disminuir la velocidad y relajarse. Muy a menudo, queremos soluciones rápidas y finales en los conflictos. La mansedumbre reconoce y respeta rápidamente el hecho de que la otra persona puede ser frágil y fácil de lastimar. La mansedumbre requiere escuchar atentamente con los ojos y también con los oídos; esta hace muchas preguntas con el esfuerzo sincero de comprender las ideas y los sentimientos de la otra persona.

Un poco de mansedumbre requiere mucha *paciencia*. La paciencia es mucho más que la tolerancia que permite disfrutar del propio sentido de superioridad. La paciencia reconoce que el crecimiento de relaciones profundas y amorosas lleva tiempo. La paciencia nunca apresura las cosas. La paciencia está más interesada en la relación que en la resolución del conflicto. La paciencia soporta el dolor por el bien de la relación.

Por eso, si nuestra relación con Cristo controla la manera en que trabajamos con los conflictos y desacuerdos dentro de la familia de Cristo, nunca podremos alejarnos demasiado del corazón del evangelio del perdón de Dios. La clásica declaración de Pablo debe dirigirnos: «Porque por gracia son salvos por medio de la fe; y esto no de ustedes pues es don de Dios. No es por obras, para que nadie se gloríe». (Efesios 2,8-9).

Cuando nos lastimamos mutuamente en el curso de nuestros conflictos, debemos recordar que el suelo está nivelado al pie de la cruz de Cristo. Cada persona depende de la gracia perdonadora de Dios.

En el próximo encuentro, nos enfocaremos en los procesos que podrían permitirnos abordar honesta y creativamente nuestros conflictos y desacuerdos con hermanos y hermanas en Cristo en la iglesia.

Estudios bíblicos reformados

HOJA PARA EL GRUPO 2

Desacuerdos en la comunidad de fe

LECTURA BÍBLICA
Efesios 4,14-16; Juan 14-17

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR
De parte de él todo el cuerpo, bien concertado y entrelazado por la cohesión que aportan todos los ligamentos, recibe su crecimiento de acuerdo con la actividad proporcionada a cada uno de los miembros para ir edificándose en amor.
— *Efesios 4,16*

RECUERDE QUE...
es posible que podamos ser una iglesia saludable sin tener cosas esenciales sobre las cuales todo el mundo tenga que estar de acuerdo. Hacer mociones, seguido de un debate formal y un voto, no es la única manera de resolver las diferencias y los conflictos.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

En el primer encuentro, comenzamos a reconocer que los desacuerdos y los conflictos son una parte normal de toda relación e institución humana. No todos los conflictos pueden ser resueltos dentro de un tiempo determinado para satisfacer a todas las personas involucradas en el mismo. La unanimidad se logra en raros momentos cuando se están resolviendo los conflictos y el consenso casi nunca es experimentado cuando hay oportunidad plena para la honestidad y la apertura de expresión.

Aunque puede haber desacuerdos y conflictos que pueden y deben ser evitados, aquí proponemos un acercamiento positivo en el cual los conflictos inevitables pueden ser bienvenidos como desafíos y oportunidades para profundizar las relaciones entre hermanos y hermanas en Cristo. Esto puede pasar solamente cuando las personas que están en desacuerdo buscan tener conversaciones cara a cara con un compromiso mutuo de hablar, de escuchar, de respetar, y de cuidarse mutuamente mientras se reúnen rodeadas de la Escritura y de la tradición cristiana, y buscando la dirección del Espíritu Santo en un ambiente de oración.

Al trabajar con cualquier conflicto o desacuerdo en la iglesia, debemos comenzar con el acuerdo de que las relaciones mutuas, como parte del cuerpo de Cristo, son una de las cosas esenciales en nuestra vida en conjunto.

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

Un lugar para empezar

El proceso escogido por cualquier grupo para trabajar con el conflicto moldeará el ambiente y, en última instancia, el resultado de ese esfuerzo. El tamaño del grupo es un factor de control a la hora de elegir el proceso. En los grandes grupos deliberativos, el procedimiento parlamentario es el modelo más ampliamente establecido para la resolución de conflictos basado en el sentido común y la cortesía. Para la comunidad presbiteriana, nuestra constitución designa las *Reglas de Orden de Robert* como la autoridad parlamentaria que se utiliza en reuniones de grupos grandes.

Los medios para trabajar con los conflictos y desacuerdos en grupos de gobierno de más de veinte a veinticinco personas están bien establecidos. Sin embargo, utilizar los mismos procesos en grupos más pequeños probablemente frustre la posibilidad de utilizar el conflicto como medio de solución y crecimiento en la comprensión y en las relaciones. De hecho, las *Reglas de Orden de Robert* permiten reglas permanentes o especiales que complementan o incluso reemplazan el procedimiento parlamentario para

grupos más pequeños. Dado que la mayor parte de lo que llega ante los grandes grupos deliberativos está conformado por grupos más pequeños, la importancia de desarrollar una mayor simplicidad, flexibilidad y participación es primordial.

Desarrollar un proceso de grupo más pequeño es importante para lidiar con conflictos y desacuerdos en las congregaciones, donde la mayoría vive con grupos de gobierno más pequeños e incluso comités más pequeños.

Supongamos que un grupo más pequeño está lidiando con un conflicto real o potencial y que vamos a intentar un proceso simple y flexible que involucre a cada persona. ¿Por dónde empezamos?

Con demasiada frecuencia comenzamos por abordar el conflicto. Ese es el punto equivocado de partida.

Una de las más ricas experiencias de toda mi vida fue servir en un grupo denominacional, escogido y asignado para trabajar con el tema más amplio de conflicto en la iglesia. Veinte personas fueron escogidas por nuestras conocidas diferencias sobre temas conflictivos. Como una de las dos personas que ayudaron a dirigir este grupo, yo dirigí la primera reunión de este grupo diverso y propuse que comenzáramos a trabajar con por lo menos uno de los tres temas de actualidad sobre los cuales estábamos totalmente en desacuerdo. Una de las personas del grupo exclamo: «¡Eso está mal! Si comenzamos a hablar de esos temas, terminaríamos con mayorías y minorías. Vamos a comenzar hablando de nuestro entendimiento sobre Dios y sobre nuestra experiencia con Dios. Vamos a comenzar con nuestra propia identidad como parte del cuerpo de Cristo. Luego de eso, entonces podemos hablar sobre nuestras diferencias».[1]

La historia ha sido escrita. Comenzamos cada reunión con un estudio bíblico profundo. Aunque nunca estuvimos completamente de acuerdo sobre los más grandes temas de actualidad ante nuestra consideración, si descubrimos que éramos hermanos y hermanas en Cristo, parte de su cuerpo, a quienes Dios llama a vivir en comunidad, dando testimonio de la gracia de Dios en Jesucristo. Yo cobré más conciencia de que es posible que aprenda y crezca más en conversación con personas con las que no estoy de acuerdo, que en conversaciones con personas que piensan lo mismo que yo. Sigo disfrutando de ambas cosas.

¿Por qué cree que el autor piensa que aprende y crece más en sus conversaciones con personas que no están de acuerdo con él?

Usemos la Biblia

Cada cuestión teológica y social que enfrentamos en la iglesia debe ser manejada en el contexto de nuestra visión de la autoridad bíblica. En el trabajo del grupo mencionado anteriormente, descubrimos que peleábamos por nuestras interpretaciones de la Biblia porque cada persona en el grupo tomaba en serio la Biblia como la Palabra escrita de Dios.

1. Para el *Reporte final del Grupo de Trabajo Teológico sobre la Paz, Unidad y Pureza de la Iglesia* que fue adoptado por la Asamblea General 217 (2006) de la Iglesia Presbiteriana (EE.UU.A.) puede visitar: https://www.presbyterianmission.org/resource/reporte-final-del-grupo-de-trabajo-teologico-sobre/

Generamos más calor que luz cuando ofendemos a las personas con quienes no estamos de acuerdo acusándolas de no tomar en serio la autoridad de las Escrituras, sin reconocer que el problema no es necesariamente la autoridad de la Biblia sino su interpretación. A lo largo de toda la historia de la iglesia, las personas que toman en serio la autoridad del Antiguo y Nuevo Testamento han sostenido diferentes interpretaciones y aplicaciones de muchos pasajes.

Estoy convencido de que la mejor manera de abordar los desacuerdos y los conflictos es reunir un grupo más pequeño (menos de veinte), invitando intencionalmente a personas que tienen diferentes puntos de vista sobre los temas a considerar. Cada persona del grupo debe comprometerse con la importancia de leer y estudiar las Escrituras en grupo, y cada reunión debe comenzar con algún pasaje de las Escrituras elegido por las personas que son parte del grupo y dirigido por una o más personas del grupo con experiencia en enseñar la Biblia. Si el nivel de conflicto es alto, el invitar a personas de afuera con talento para enseñar la Biblia y para dirigir proceso a trabajar con el grupo debe ser considerado.

Un lugar excelente para comenzar es con un pasaje clásico de la carta de Pablo al pueblo efesio:

> *Esto, para que ya no seamos niños, sacudidos a la deriva y llevados a dondequiera por todo viento de doctrina por estratagema de hombres que, para engañar, emplean con astucia las artimañas del error, sino que, siguiendo la verdad con amor, crezcamos en todo hacia aquel que es la cabeza: Cristo. De parte de él todo el cuerpo, bien concertado y entrelazado por la cohesión que aportan todos los ligamentos, recibe su crecimiento de acuerdo con la actividad proporcionada a cada uno de los miembros para ir edificándose en amor. (Efesios 4,14-16)*

Los estudios bíblicos en la primera parte del proceso del grupo podrían incluir todo o parte de los primeros tres capítulos de Efesios que es una exposición clara de la realidad de que la iglesia no gana ni mantiene su existencia y vida a través del esfuerzo humano, sino a través de la obra de gracia del Dios trino.

Una serie de estudios sobre Juan 14-17 permitirá al grupo comprometerse seriamente a crecer en su comprensión del significado de la vida, muerte y resurrección de Cristo, y de la naturaleza y la misión de la iglesia.

Los tres primeros capítulos de 1 Corintios, acompañados de los capítulos 12 al 14, hablan clara y firmemente de las controversias que enfrentó el pueblo cristiano en Corinto en el primer siglo y pueden convertirse en guías útiles sobre cómo podemos abordar los conflictos actuales en nuestro tiempo.[2]

El resultado final es este: los grupos en la iglesia que enfrentan conflictos servirán mejor a la iglesia al reunir a pequeños grupos de personas con diversos puntos de vista que comenzarán y continuarán su proceso con el

2. Para obtener una guía útil para la interpretación y aplicación contemporánea de las Escrituras, consulte Eugene H. Peterson, *Cómete este libro* (Editorial Patmos, 2011).

estudio regular de pasajes particulares de las Escrituras, enfocándose en su identidad y prácticas bíblicas y teológicas.

¿Cuál cree que es la diferencia entre la autoridad de la Biblia y su interpretación? ¿Por qué cree que el entender esa diferencia podría ayudar a un grupo en donde hay personas que piensan que el otro grupo no cree en la autoridad de la Escritura?

Conozcamos nuestra historia

Otra área importante al lidiar con las controversias y los conflictos actuales en la iglesia es conectar o reconectar con nuestra conciencia de la compleja diversidad del cuerpo de Cristo que surge de nuestras diversas historias y entornos culturales. Las tradiciones que han surgido de nuestra comprensión y aplicación de las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento son una parte esencial de nuestra autocomprensión eclesiástica.

Las personas que pertenecemos a las tradiciones reformadas y presbiterianas, así como la mayoría de las demás comunidades protestantes, tendemos a operar como si el período entre el cristianismo del siglo I y la Reforma en Europa occidental en el siglo XVI tuviera poco que ver con nuestra comprensión actual de la naturaleza y la misión de la iglesia. La historia de la Iglesia no comenzó con Calvino, con Lutero, o siquiera con Constantino. ¿Cómo entonces nos relacionamos con un número mucho mayor de personas en todo el mundo que son parte de la iglesia ortodoxa y católico romana?

Podremos abordar de manera más creativa nuestros conflictos y desacuerdos, cuando nuestra propia cultura nos ha dado forma, y ampliando y profundizando nuestra comprensión de las corrientes de fe y vida que comenzaron con la vida, muerte y resurrección de Jesús y que han seguido fluyendo de generación a generación, de cultura a cultura, y que continúan fluyendo, a veces como riachuelos y otras como anchos ríos, en todos los continentes y en todas las naciones del mundo actual.

El asunto se vuelve más complejo si pensamos en que vivimos en sociedades, especialmente en Estados Unidos, en donde interactuamos diariamente con personas e instituciones de otras religiones, y en particular personas con antecedentes de las tradiciones islámica, hindú y budista, y todas ellas con diversidad y conflictos dentro de sus propios grupos.

Una comprensión más amplia del significado de nuestra tradición debe comenzar con la Biblia. Paul Minear realizó un estudio interesante y significativo en 1954 en el que trabajo con más de cincuenta pasajes del Antiguo Testamento y más de ochocientas referencias en el Nuevo Testamento, llamándolos «imágenes de la iglesia». Al identificar noventa y seis de ellas en el Nuevo Testamento, comienza con treinta y dos analogías que llama imágenes menores, agrupando las sesenta y cuatro restantes bajo cuatro títulos: el pueblo de Dios, la nueva creación, la comunión en la fe, el cuerpo de Cristo.[3]

3. Traducción de Paul Minear, *Images of the Church in the New Testament* (Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 1960, 2005).

Situar nuestras controversias actuales a la luz de una visión panorámica de la Iglesia podría aportar una autocomprensión más realista, viéndonos como una pequeña parte de la rica diversidad que es el cuerpo de Cristo en el mundo y siendo todo ello testigo de la actividad salvadora de Dios en Jesucristo en todo tiempo y lugar.

Si nos basamos en el panorama histórico y demográfico, esta perspectiva surge de la conciencia de que no hay manera de desarrollar un patrón o sistema de gobierno único a partir de la Biblia. Incluso la distinción entre el laicado y el clero no está establecida en la iglesia del Nuevo Testamento. Esto se suma a nuestra complejidad actual, ya que algunos de nuestros conflictos más intensos giran en torno a los requisitos para la ordenación.

La unidad no tiene que ser sinónimo de uniformidad, y nuestra unidad en Cristo trasciende la raza, la clase, el género, la cultura, la economía, los sistemas políticos, los nacionalismos y todas las distinciones humanas. La iglesia es obra y misterio divino que no puede contenerse plenamente en ninguna o en todas las estructuras institucionales.

Con esta perspectiva encontramos el antídoto a nuestra propensión a romper la unidad del cuerpo de Cristo al expresar lo que consideramos nuestras verdades de maneras que las personas con quienes no estamos de acuerdo consideran arrogantes y degradantes. Ser continuamente conscientes de que hay hermanos y hermanas en Cristo a lo largo de la historia y en todas partes del mundo actual que expresan su fe y devoción a Cristo en muchos idiomas, maneras y estilos diferentes debería liberarnos de cualquier compulsión a sentir que solo nosotros y nosotras tenemos la razón.

¿Cree que la unidad no es sinónimo de la uniformidad? ¿Cuáles son las diferencias de significado entre estas dos palabras?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

Encontremos la voluntad de Cristo en conjunto

Las personas que somos parte de la Iglesia Presbiteriana vivimos bajo un mandato de nuestra constitución que es extremadamente difícil de cumplir dentro de nuestra cultura de política de confrontación. En un capítulo titulado «Principios del gobierno presbiteriano» [4],las personas que sirven en diferentes funciones (llamadas presbíteras, y que incluyen a personas que son ministras, ancianas y son parte del ministerio de diaconía) «... no reflejarán simplemente la voluntad del pueblo, sino que en conjunto buscarán el encontrar y representar la voluntad de Cristo» (F-3.0204). Cuando los concilios medios más grandes se reúnen como presbiterios, sínodos y asambleas generales, el orden y el sentido común requieren que las reuniones plenarias sean conducidas con una atención estricta al procedimiento parlamentario. Eso no descarta la posibilidad de buscar y representar la voluntad de Cristo, pero esto puede ser hecho de mejor manera cuando pequeños grupos, que no estén regidos por las restricciones

4. *Libro de Orden*, F-3.0000

de mociones, debates, y votos, puedan desarrollar mociones que sean presentadas a los cuerpos más grandes.

¿Cómo podríamos buscar y encontrar la voluntad de Cristo en comunidad? ¿Cómo podríamos tomar decisiones en comunidad que representen mejor la voluntad de Cristo?

Estamos intentando responder a estas preguntas en parte poniendo el enfoque en grupos más pequeños que se sumerjan en la reflexión y el estudio bíblicos, comprometiéndose con la amplitud de la tradición cristiana. Ahora podemos pasar al proceso mediante el cual tales grupos podrían tomar decisiones sobre cómo encontrar y representar la voluntad de Cristo.

El proceso comienza con la decisión del grupo de suspender por unos momentos las reglas del procedimiento parlamentario, con el fin de desarrollar un clima de sencillez, flexibilidad y plena participación. Esto no debe ser confundido con diversas prácticas de toma de decisiones por consenso. La toma de decisiones por consenso puede volverse altamente manipuladora, porque las personas más vocales y elocuentes pueden dominar la discusión y las menos vocales y elocuentes se pueden tornar sumisas.

Este proceso requiere que vayamos más allá de ser un grupo de estudio bíblico o un panel de historia de la iglesia y que trabajemos los asuntos que han llevado a nuestra formación, independientemente de si seremos capaces o no de lograr la unanimidad. El proceso requiere que lleguemos a conocernos y aceptarnos mutuamente como familia en Cristo. Requiere que nos comprometamos con el crecimiento de nuestras relaciones mutuas, afirmando los diversos dones que cada persona aporta al cuerpo de Cristo.

Apartarse de las *Reglas de orden de Robert* en este punto nos permite comenzar con el problema en lugar de comenzar con propuestas para una solución. En el procedimiento parlamentario, la discusión y el debate sólo pueden comenzar después de que se haya presentado una moción. Suspender temporalmente esta regla nos permite comenzar asegurándonos de que estamos de acuerdo sobre la naturaleza del problema antes de intentar proponer soluciones. Aquí es donde podemos evitar el peligro de proponer soluciones que sean irrelevantes o inútiles (o a veces incluso perjudiciales) ante el conflicto en cuestión.

Este proceso también ayuda al grupo a trabajar en conjunto para formar la moción a ser propuesta, cualquiera que esta sea. Uno de los principios cardenales de la *Reglas de orden de Robert* es «un asunto a la vez». Una vez que se haya hecho la moción, no se permite ninguna discusión que no trabaje específicamente con la moción en sí, con un proceso a veces laborioso de refinar o mejorar la moción mediante enmiendas y enmiendas a las enmiendas. Al evitar este engorroso proceso, podremos hallar la libertad de intercambiar ideas e incluso de orar en comunidad de vez en cuando, lo que es mucho más propicio para buscar y encontrar a voluntad de Cristo en conjunto.

Una vez que hayamos abierto el proceso a una mayor simplicidad y flexibilidad, la cuestión de la participación sigue permaneciendo. Es probable que suspender el procedimiento parlamentario durante esta fase del proceso fomente la participación de las personas menos inclinadas a hacer enmiendas o a debatir asuntos.

Un método para obtener una participación plena es seguir el proceso de «invitación»: una persona habla durante un tiempo acordado y luego invita a otra, al azar, a participar, hasta que todas las personas del grupo hayan sido invitadas a hablar. No todo el mundo está obligado a hablar; pueden no hacerlo y simplemente extender la invitación a otra persona. En esta parte del proceso parece mejor no permitir que haya interrupciones, preguntas o comentarios, reservando este tiempo únicamente para escuchar. Después de que cada persona haya tenido la oportunidad de hablar, se debe asignar tiempo para que hagan preguntas únicamente con fines de aclaración. Esta es una oportunidad no para debatir, sino para asegurarnos de que nos entendemos mutuamente y de que nos hacemos entender. Luego puede seguir una conversación abierta, moderada con cuidado, en la que se expresen acuerdos y desacuerdos honestos sin temor al rechazo personal, en un clima de respeto y confianza mutuos.

Si se requiere una decisión, el grupo ahora está en condiciones de trabajar en conjunto para dar forma a una moción a ser considerada, volviendo al procedimiento parlamentario con una votación por realizar.

El conflicto puede convertirse en una buena oportunidad para el crecimiento de las relaciones dentro del cuerpo de Cristo, incluso cuando hay desacuerdos continuos. Quizás quienes están fuera de la iglesia digan: «¡Mirad cómo se aman!».